

# Revista

de

# Ciencias Económicas

---

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

---

Director:

**Rómulo Bogliolo**

---

Administrador:

**Roberto E. Garzoni**

Secretario de Redacción:

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - James Waisman**

**Juan R. Schillizzi - Juan F. Etcheverry - José E. Griffi**

---

**Año VII**

**Julio de 1918**

**Núm. 61**

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

**CHARCAS 1835**

**BUENOS AIRES**

## Asociación, organización, dirección

---

Son realmente de admirar esos hombres de ciencia que de la física, la mecánica y la química han sabido hacer brotar las mayores fuentes de riquezas que pudiera soñar la humanidad. Pero sus inventos no hubiesen salido de los gabinetes y laboratorios de no haber precedido o acompañado una mentalidad económica suficiente para estimular la actividad; y no saldrá de sus escondrijos donde no haya espíritu de aplicación industrial. La altura inverosímil a que en algunos países se ha llegado merced a la unión de la técnica y grandes energías físicas e intelectuales, es motivo de no menor admiración hacia esos organizadores que han preparado, realizado e impulsado el desarrollo de la maquinaria y del progreso, montando esas maravillosas economías nacionales, y la aún más grandiosa mundial; mediante repartir y diferenciar cada vez más la obra total humana, llevando la gran ley de división del trabajo hasta el mayor desmenuzamiento, y al par, despertando, creando, aunando grandes energías, y concentrándolas en enormes masas humanas que han tenido que formar y disciplinar, ya poniendo a contribución la inteligencia profesional del ingeniero, del químico, del contramaestre, ya educando la mano de obra, cosa nada fácil. Y para realizar toda esa red inestricable de empresas que nos admira, esos organizadores, esos caudillos de los ejércitos del trabajo, esos creadores de energías, han organizado igualmente el capital, que no sólo ha permitido aumentar hasta lo indecible las unidades, de explotación, sinó reunir las y asociarlas en concentraciones, colosales algunas, en Sindicatos y Consorcios: complemento final de esta organización rebotante de vida, que ha traído la de los transportes,

la del crédito, la de la banca y la participación de millones de familias, por medio de imposiciones, cuentas corrientes, participaciones, comanditas, obligaciones, acciones, en esta tan fabulosa e inverosímil, por lo grande y lo rápida, evolución de la humanidad.

¿Pero como se llega a esta floración de empresas, a esta debordante producción? Indudablemente la primera etapa es siempre la división del trabajo, el cual será cada vez más perfecto cuanto más se diferencia y especialice, porque estimula el desarrollo de la técnica. Al impulso del gran móvil del interés individual se van creando cada vez más industrias. Basta abarcar el mayor número posible de manifestaciones de la actividad humana, y formar una economía que responda a la satisfacción de las necesidades nacionales, poniéndose en condiciones de alcanzar el máximo del intercambio dentro, o sea con las economías individuales, y fuera, entre las naciones. De este modo es posible crear todos o el mayor número de los artículos manufacturados con que ir a la exportación en pago de lo que se importa para la transformación, y costear el trabajo y la subsistencia de la población que crea casi automáticamente, sin necesitar emigrar a fin de proporcionarse cuanto le haga falta.

Más esto no basta, porqué, aún cuando se pueda ya llegar a fabricar en series, los gastos generales son elevados y la producción tan irregular y dispersa, que las necesidades mismas del mercado y las ventajas del negocio exigen fabricar en grandes masas, y para ello, crear la gran fábrica, o concentrar las operaciones en una, o las mismas fábricas existentes. Al llegar a esta etapa, son indispensables acumulaciones de hombres de ciencias y de obreros, habiéndose llegado a verdaderos ejércitos. Pero esto no es posible sin educación y disciplina. Desde luego es una gloria de la industria haber dado lugar a la existencia y sostenimiento de un mundo de intelectuales cada día más reconocidos por ser los superiores en la esfera de las profesiones liberales. Como además la labor, incluso la manual, es cada vez más técnica, para ser admitidos a los trabajos modernos, es también condición precisa que los obreros hayan tenido un aprendizaje, o mejor cierta preparación científica. A la escuela, al servicio militar, a una mayor cultura toca crear los hábitos de disciplina necesarios para el orden en el trabajo en común y entre multitudes.

Claro es que estas gran unidades no serán posibles si tuviesen que disputarse el mercado entre sí, y por lo tanto, sometidos a los vaivenes de una competencia frecuentemente desleal, ni se podrían evitar paros forzosos con gravísimos conflictos sociales. Se impone, pues, la asociación la inteligencia, la kartelización.

Se impone todavía más. Como esas empresas son muy poliédricas, o sea tienen que ver con las de abastecimientos de primeras materias, los transportes, la banca, etc., les es necesario constituir redes de empresas de diversas clases, para poder sostener la regularidad de la producción y de los precios. Es, por tanto cuestión vital en esta etapa organizarse de suerte que haya al frente de esos vastos planes personalidades de gran autoridad por su competencia y prestigio que ejerzan la dirección superior.

Una economía tan complicada cuyo objeto es sacar el mayor rendimiento posible de los hombres y de las cosas, requiere no menos el concurso del capital. Los edificios, las primeras materias, las instalaciones y administraciones, los impuestos, constituyen un capital que no pueden aportar, ni los hombres de ciencia, ni los obreros. Los productores particulares no disponen de los recursos que se necesitan. Tampoco las sociedades colectivas en que el industrial echa su alma, pero compromete su honra, ni la misma comandita, ni la participación. Estas colosales combinaciones requieren el concurso de toda la nación, o sea el mayor posible de sociedades anónimas. Pero el ahorro no tiene tendencia a interesarse en la producción, y esta será escasa y sujeta a grandes vicisitudes donde la banca se limite a operaciones de cuentas corrientes, de depósito, de especulación. La producción vive ante todo del crédito; y no sólo pignoraticio, sino que también del personal. Una entidad productora sería ofrece mayor garantía aún que el mismo banco. Por esto son los mismos productores, los capitanes de la industria, las elevadas personalidades de que hemos hablado, las que han de apoderarse de la banca, ya por su prestigio, ya por su experiencia, y sobre todo porque a más de estar en condiciones de conocer más a fondo las interioridades, tienen una representación moral y una elevadísima misión patriótica que les confía la dirección de los negocios públicos.

Pero hay una fuerza que se levanta todavía más poderosa, casi incontrastable, y es la unión económica de toda

una nación. Esta unión no está basada sobre la libre concurrencia, que, en vez de traer la felicidad máxima de la mayoría, como se había ofrecido, ha aumentado el rozamiento social y el político, ha dividido a las naciones en dos grandes bandos que se odian a muerte y será siempre origen de conflictos. La unión está fundada, no sobre la ganancia de los particulares, sino sobre la fuerza nacional, su organización, la disciplina, la capacidad de trabajo, la cooperación mutua de todas las clases, porque sólo así se puede llevar a cabo la magna tarea de una economía, no individual, sino nacional, y más adaptada a las capacidades y las inclinaciones de la gran masa de la población. El imperio germánico hace años que se está orientando hacia esa movilización general de todos sus elementos. Ahora ha aprovechado la coyuntura de la guerra para lo que ha llamado movilización civil. En el fondo es un ensayo de la futura movilización económica, bloque formidable que la ciencia económica tiene que tener en cuenta. Esta superior economía no acierto a ver que se pueda, no ya destruir, pero ni contener, con las armas, al modo que no se puede remediar la competencia del ferrocarril, de la electricidad, de la fábrica grande, de las máquinas, sino haciendo otro tanto. Lloyd George ya se apercebe a hacerlo, y la nación que no haga, quedará rezagada y vencida en la futura lucha económica, lucha más pacífica, y hasta gloriosa de la cual Europa no se ha debido separar; lucha que determina un modelo superior de economía nacional; modelo que reclama el concurso de la ciencia con esfuerzos muy superiores a los del pasado, por los apremios de problemas de las más extraordinaria magnitud. Hay, por lo tanto, que proceden a la reconstrucción de la ciencia económica para señalar la pauta de lo que debe ser, y cómo se ha de formar una economía nacional organizada con arreglo a las crecientes necesidades que ha amontonado la guerra. Claro que siempre, el primer problema, sobre todo después de destrozarse tantos capitales, o que implica la derrota del capital mobiliario, es de producción, porque hay que formar nuevos capitales, y sólo de ellos cabe esperar la prosperidad futura, y si no hay bastante productividad, mal se resolverán los múltiples problemas económicos y sociales que de ella dependan. Pero si la técnica, la instrucción y una educación adecuada eran suficientes en una economía individualista, son, aunque necesarias, muy secundarias ante la asociación, y lo son to-

davía más ante la asociación organizada en vastísima escala, lo cual da una economía nacional una intensidad y potencia avasalladoras sobre toda otra economía que sólo esté basada en fuerzas dispersas y sin engranaje.

Entiendo, pues, que, si los gobiernos, en vez de cifrarlo todo en armamentos, pusieron mano con la misma decisión que en guerras, en organizar todos los elementos que componen la economía de una nación, la civilización del mundo daría pasos de gigante. Si en lugar de la falsa orientación de hacer soldados o de atestar un país de carreras liberales clásicas, se procurase fomentar, por medio de la educación, la formación individual de hombres de acción, de caracteres, de energías; popularizar, arraigar una psicología nacional en favor del mayor rendimiento posible en todas las órdenes; del mayor rendimiento industrial; de una emulación tan hiperbólica que empuje a los ciudadanos como una fuerza mecánica a superar a los de todas las demás naciones; a ser los primeros en el mundo, y todo esto coronado por gobiernos formados por individuos que gocen fama de ser los de mayor capacidad, y procediendo en unión tan estrecha con todas las demás grandes entidades de la agricultura, de la industria y del comercio, que la economía total conjunta antes pareciese una inmensa cooperativa, que una yuxtaposición de economías privadas, si esto que es muy posible, que es ya casi una realidad, se elevara a la categoría de economía nacional modelo, en lugar de las leyes clásicas fracasadas, creo yo que llegaríamos con todos esos elementos convergentes a la futura economía nacional que preveo o que presiento, y que saldríamos todos compensados en muy pocos años de la lucha actual; fórmula que sintetizo en las palabras **movilización económica** total de una nación.

Guillermo GRAELL.